

## EL CUENTO DE GÓGOL

Era un hombre que creía mucho en los escritores y tenía muy pocos libros. Los pocos que tenía los tenía leídos, y a veces se acercaba a los escaparates de las librerías o entraba en alguna con ganas de dejarse tentar por otros nombres, sin lograrlo. Siempre volvía a casa con las manos vacías. Era un hombre de costumbres fijas, y a los cuarenta y cuatro años sólo amaba a los escritores que había amado siempre.

Ese amor nació en la infancia, y no tuvo al principio rostros, aunque sí país. Había heredado de su padre una treintena de volúmenes de la colección Universal, en sus encuadernaciones en rústica de color amarillo, sin ilustrar, y todos los títulos eran de autores rusos, a los que Adrián había añadido por su cuenta, encuadernadas en piel, las obras completas de Tolstói, las selectas de Dostoievski y las escogidas de Turguéniev. El mundo del amor novelesco empezaba y acababa para él en los novelistas rusos del siglo XIX, si bien un día se enteró de que el que más amaba de todos, Iván Bunin, había vivido cinco décadas en el XX y sólo tres en el XIX. Lo siguió leyendo como maestro de un arte prolongado decimonómicamente al menos hasta 1933, el año en que Bunin ganó el primer Premio Nobel de la literatura rusa.

La boda con Inma provocó un conflicto internacional en su biblioteca. Ella, licenciada en exactas pero formada en «las humanidades liberales» –según la frase de la amiga puertorriqueña que los había presentado a la salida de un cine–, aportó al matrimonio, junto a dos gatos siameses y un *bungalow* en primera línea de playa en la playa menos estropeada del Cabo de Gata, una balda de autores franceses que, aun siendo todos del siglo XIX, fueron mal recibidos en las estepas de Adrián. En un gesto de buena armonía conyugal, él permitió la convivencia de Stendhal y Maupassant con Pushkin y Lérmontov, sin llegar a amarlos como a sus rusos. Leyó *Rojo y negro* y *Bel Ami* y se guardó su opinión ante Inma. Jamás llegó a aceptar que Flaubert superase en lirismo y profundidad psicológica a Dostoievski, como sostenía ella.

El matrimonio superó los rigores de esa lucha de intereses literarios y nacionales, pero no los desgastes del tiempo pasado en común, doce años, ni el tedio de verse a sí mismos todas las noches en un piso poco aireado de la calle Mateo Inurria sin la amenidad de los hijos, que habían decidido –por higiene mental– no tener. A los cuarenta y cuatro años de edad de él y cuarenta y uno de ella, que aparentaba menos, sin peleas, sin reproches, sin sentirse siquiera insoportablemente infelices, se separaron de mutuo acuerdo, en un silencio más administrativo que sentimental. Inma se quedó en el piso de Mateo Inurria con su balda de autores franceses y el gato superviviente, y él se buscó, a través de los anuncios por palabras de *El País*, un apartamento amueblado y con servicio central cerca de la oficina, en General Pardiñas, donde puso, temporalmente en el suelo, sus treinta y seis volúmenes de novelistas rusos.

Pasó un año, un año sin leer novela, sin salir del limitado eje General Pardiñas-Claudio Coello, el piso, el trabajo, la cena de congelados calentada en el microondas, la dieta de películas programada por Canal +, la llamada día sí día no a su madre en Alicante, el sueño, o mejor, la cama, pues en las noches de esa nueva vida de hombre separado apenas dormía, falto de la cintura aferrada de su mujer, el más dulce contacto físico de su vida amorosa.

Un día, en un puente muy largo que franqueó solo sin salir de casa, Adrián se acordó de Nikolái Gógol, de un cuento suyo en el que un hombre de su edad, con un trabajo parecido al suyo y una vida tan aburrida y yerta como la suya, decidía de golpe transformarse y lo conseguía sin salir de su habitación, inspirado por una mujer extranjera. No encontró el cuento, el volumen de cuentos de Gógol que estaba seguro de haber leído por primera vez a los quince años. Un cuento que se llamaba... ¿cómo se llamaba? El librito de la colección Universal no estaba en los montones del suelo.

El recuerdo de ese cuento de Gógol que no tenía, que no tenía nombre, le angustió. Acabado el puente fue a la Casa del Libro, que sólo disponía de una antología de cuentos de Gógol en la que todos los incluidos los conocía bien y ninguno era el que buscaba. El dependiente de la librería investigó en la pantalla del ordenador, sin ningún resultado. Esa tarde, al acabar su horario de oficina, se sentó frente al televisor apagado del apartamento y se puso a hacer esfuerzos de memoria. El protagonista de aquel cuento de Gógol era un hombre enjuto y con un gorro de piel siempre que salía a la calle, de eso estaba seguro, la acción transcurría en San Petersburgo, entre nevadas, y la figura clave del desenlace era una mujer de «cutis más blanco que la nieve». Mandó un mensaje electrónico a la revista *Lee Más*, que tenía una sección, «El libro *missing*», donde un tal Borgiano Arúspice contestaba a los enigmas del mundo de la literatura. Trató de distraerse una semana, lo que tardaría en salir el siguiente número de la revista, leyendo. Leyendo a otros. Como les tenía tirria a los franceses, se acordó de la novela anglosajona, lo único que leía su madre, y compró *Servidumbre humana* de Somerset Maugham y una recopilación de novelas cortas de D. H. Lawrence. No llegó a abrir ninguno de los dos.

Borgiano Arúspice no conocía ningún cuento de Gógol con ese argumento, y se permitía ironías: «¿No lo habrás soñado, querido lector?» Y a continuación le daba un consejo: «Deja, buen amigo Adrián E., de leer a los rusos, que son muy melancólicos y conducen a veces al suicidio, y lee más ficción de aquí, Sampedro, la Matute, Juan Marsé, clásicos nuestros

vivos, o a los americanos del realismo sucio, que sirven para lavarse en la mente los trapos asquerosos que todos tenemos.»

La chica más lista de su oficina, Mari Mar, le recomendó que leyera a los orientales, turcos, egipcios, sirios, argelinos, hindúes, y un día se estuvo casi una hora en la librería Blanco de Conde de Peñalver ojeando novelas de Mahfuz, de Emine Sevgi Özdamar, de Pamuk, de Narayan, y un ensayo de Fátima Mernissi, sin decidirse por ninguno. Mari Mar insistió con una propuesta menos radical, orientalista sólo: «Lee entonces *El cielo protector* y *La casa de la araña*, que pasan en Marruecos pero son de un americano, Paul Bowles.» Adrián le dijo que las leería con una condición, que aceptara cenar con él esa noche en un restaurante marroquí recién inaugurado en la calle Montesa. «No puedo, Adrián. Ceno todas las noches en mi casa, y con mi novio, que es muy celoso. Gracias, de todos modos.» Indagó indirectamente si el novio de Mari Mar era árabe; Rosa, que trabajaba en su mismo negociado y tenía mucha amistad con ella, le dijo que no, que era español, de Monzón, en los Pirineos de Huesca, y bastante mayor que ella, aunque guapo: «Un George Clooney del Alto Aragón.»

Su primer fin de año como separado lo pasó en Estambul, una decisión repentina tomada en Alicante el 25 por la tarde, después de darse un atracón de langostinos de la bahía y de arroz con foie de pato en el almuerzo ritual del día de Navidad, al que siempre le invitaba su madre, ese año en un restaurante del puerto que pasaba por ser el mejor de la ciudad. Había un vuelo chárter directo Alicante-Estambul el 27 a las diez de la mañana, y le mintió a su madre diciéndole que se trataba de un viaje en grupo de los divorciados varones de su oficina, decididos a no estar solos en Madrid y a no tomarse las uvas con ira. La madre le comprendió, y le animó. «Siempre que no te eches una novia turca. Creo que ahora todas llevan velo, con lo bonita que era la melena rubia de Inma.»

Llegó a Estambul con el mismo maletín de mano casi vacío de su previsto viaje de dos días a Alicante; sólo compró antes de salir pasta de dientes, cuchillas y espuma de afeitar, un medicamento antidiarreico y un jersey, pues Mari Mar le

informó por teléfono de que Turquía engañaba con su bandera de la media luna y su costa mediterránea; su frío era intrínsecamente europeo. Ella no tenía vacaciones de Navidad, y por eso Adrián se había atrevido a telefonarla a la oficina el 27, antes de subir al avión. Le sorprendió la llamada, y aunque a Mari Mar sólo le gustaba el Oriente en los libros, y nunca había estado, por ejemplo, en Estambul, le dio varios consejos higiénicos y tres recomendaciones precisas para la ciudad. Adrián siguió las tres.

La primera era alojarse en el «legionario y literario» Hotel Pera Palas, en la zona europea de la ciudad, lo que le pareció una idea tranquilizadora. El taxista, que se presentó como especializado en transportar parejas españolas en viaje de novios, le habló mal del hotel; había sido de lujo, «palaciosco», pero ahora estaba convertido en «un nido de pulgas». El señor debía buscar algo moderno, de estilo americano, en Taksim, o si quería sabor auténtico ir a las Casas de Madera de Sultanahmet, al otro lado del Cuerno de Oro, muy cerca de Santa Sofía y el Bazar Central. Naturalmente, no le hizo caso; insistió en ser llevado al Pera Palas y encontró habitación, mucho más cara de lo esperado. Tenía que tener en cuenta, le dijo la recepcionista, también habituada al intercambio hablado con los recién casados de España, que el precio incluía el renombre. «¿El renombre?»

Todo el mundo, el gran mundo, siguió hablando la recepcionista en un español con diminutivos mexicanos, ha vivido en este hotel: Churchill, la Mata Hari, Agatha Christie, el zar Nicolás II con su familia, un año antes de ser asesinados por los bolcheviques, y también los Reyes de España, los abuelos, creo, del que está ahora, «que vuestro Dios proteja». La dirección del hotel había puesto a las mejores habitaciones un rótulo de bronce con el nombre de las personalidades que en su día se alojaron en ellas. De las más baratas, sin nombre en la puerta, no le quedaba ninguna, la mayoría ocupada por catalanes, y de las de placa sólo le podía ofrecer dos, la 218, la Ernest Hemingway, y la Greta Garbo, que era la 103. «¿No estará libre la del zar?» No lo estaba.